marinentes infinitiones a contaton are no include, pero no se uno

prestado para hacer construir do hernos quemo para emenderlo licata

ous le avulaire, una morte de suit vanidue. Finalmente, despues de

yas caricias me tranquilizaron. Avergonzado de mi terror, volví sobre mis pasos, procurando, no obstante, llevar conmigo á sultan, que no quiso seguirme. Pasé bruscamente la puerta, y entré en la iglesia. Apénas habia penetrado en ella cuando me asaltó el terror, pero con tanta violencia, se trastornó mi cabeza, y aunque el púlpito estaba á la derecha, lo que sabia yo muy bien, habiéndome volteado sin advertirlo, lo busqué á la izquierda; me enredé entre los bancos, no sabia en donde estaba y no pudiendo encontrar ni el púlpito ni la puerta, caí en un trastorno inesplicable. Ví por fin la puerta, conseguí salir de la iglesia y me alejé de ella, como la primera vez, decidido á no volver jamás á entrar solo, sino durante el dia claro.

Volví hasta la casa; casi al entrar distinguí la voz de Mr. Lambercier, así como tambien sus grandes carcajadas de risa. Desde luego creí que eran por mí, y confuso por verme espuesto á ellas, vacilé en abrir la puerta. Entretanto advierto que la Sra. Lambercier, compadeciéndose de mí, decia á la criada que tomara la linterna, á tiempo que Mr. Lambercier se preparaba para irme á buscar, escoltado de mi intrépido primo, á quien despues se habria dejado el honor de la espedicion. Cesa en el momento todo mi terror y no me queda otro temor que el de ser sorprendido en mi fuga. Corro, vuelo á la iglesia; sin estraviarme, sin andar tentaleando, llego al púlpito, subo á él, tomo la biblia y desciendo; en tres brincos estuve fuera del templo, cuya puerta aun se me olvidó cerrar: entro en la asistencia sin aliento y pongo la biblia sobre la mesa, azorado, pero palpitando de contento por haber hecho innecesario el socorro que se me preparaba.

§ VIII.

Perseverancia.

La perseverancia, es decir, la constancia en proseguir aquello que se ha comenzado, es una excelente cualidad cuando se aplica á cosas útiles y justas. La perseverancia es sola la que proporciona á los talentos la gloria y á las virtudes la corona. No al que ha comenzado, sino al que ha perseverado hasta el fin, es á quien está reservado el buen éxito.

La perseverancia lo consigue todo. Ayúdate y Dios te ayudará. (Varios autores.)

PALISSY.

Bernardo Palissy, nacido en 1500, fué un ejemplo de lo que puede una voluntad firme y perseverante. Nacido de padres pobres, que
apenas pudieron hacerle dar algunas lecciones de lectura, de escritura
y agrimensura, él solo aprendió el dibujo y se bizo muy hábil en este
arte. Con el producto de algunos trabajos de agrimensura y de pintura, visitó para instruirse una gran parte de la Francia. Tenia ya cerca de cuarenta años y estaba establecido en Saintés, cuando habiendo
visto una magnífica copa esmaltada, se resolvió á buscar el secreto de
la composicion del esmalte; secreto conocido entonces únicamente de
algunos artistas italianos, que se servian de él para hacer hermosas

obras que vendian á un alto precio. Puso manos á la obra. Algunos esperimentos infructuosos agotaron sus economías, pero no se arredró. El precio de un mapa de las lagunas máximas de Saintonge, que se le mandó levantar, se destinó á nuevas tentativas; despues pidió dinero prestado para hacer construir un horno; quemó para encenderlo hasta sus muebles y las tablas que habia en su casa, y dió en pago al obrero que le ayudaba, una parte de sus vestidos. Finalmente, despues de diez y seis años de trabajos, el éxito mas brillante coronó sus esfuerzos. Sus bellos establecimientos de loza esmaltada, sus vasos, sus objetos curiosos, eran comprados á porfia por el rey Enrique II y por todos los aficionados á las artes: ellos adornan los jardines y los castillos, y la Francia está enriquecida con una nueva industria,

DESCLIEUX.

El cafetero, ese arbusto cuya cultura ha enriquecido las Antillas francesas, aun no era conocido todavía á principios del siglo XVIII y no crecia mas que en Arabia. Un jóven alférez de marina, llamado Desclieux, que fué despues nombrado lugar teniente general de los ejércitos navales, concibió la idea de enriquecer con esta preciosa produccion, la isla de Guadalupe, (una de las pequeñas Antillas) en que habia nacido. Le confiaron dos nuevas plantas de café que se conservaban en Paris en un invernadero del jardin de las plantas. Se embarcó con aquel depósito, del que tuvo el mayor cuidado durante la travesía. Pero siendo el viage mucho mas largo de lo que se habia previsto, se escaseó mucho la agua á bordo, y no se daba á cada persona sino un vaso por dia. Desclieux, esponiendo su salud y aun su vida, por servir á su país, bebia cada dia apenas la cuarta parte de su racion de agua y reservaba el resto para regar sus tiernos arbustos. Consiguió salvarlos por su perseverancia en este generoso sacrificio.

Plantados los dos cafeteros en la isla de Guadalupe, prosperaron perfectamente. De ellos es de donde proceden todas las cafeteras que crecen ahora en abundancia, no solo en las Antillas, sino en todo el resto de la América.

Veinte años despues, las colonias francesas, enriquecidas con el cultivo del café, ofrecieron á Desclieux un presente de 300,000 francos. Rehusólo él, y pidió que aquella cantidad se empleara en perfeccionar la cultura en las diferentes colonias.

SICKLER

Es digna de alabanza la constancia con que un naturalista aleman llamado Sickler, ha dotado á su país con una riqueza la mas útil de todas. Se habia dedicado especialmente al cultivo de los árboles frutales y habia formado en el ducado de la Sajonia-Gotha un almácigo que contenia ocho mil árboles ingertados. En 1806, despues de la batalla de Jena, un cuerpo de caballería del ejército victorioso, acampó en el almácigo y lo destruyó. Fué aquella una completa devastacion. Los caballos galopaban por entre ellos, doblegando, quebrando y hoyando equellos débiles arbustos que tanto trabajo habia costado cultivar, y de los cuales algunos estaban cubiertos de flores.

En vez de desanimarse Sickler, hizo un nuevo plantío cuidándolo lo mismo que el primero; pero á los siete años, en 1813, en tiempo de los desastres del ejército francés, una nube de cosacos se echó sobre el plantío del pobre Sickler y ni siquiera un árbol quedó en pié.

El intrépido naturalista volvió á comenzar con el mismo celo. Su tercer plantío, hecho enteramente con sus propias manos, gozaba en 1820 de una frescura y de una fuerza de vegetacion admirables, y vino á ser un vardadero tesoro para las provincias sajonas, á las que ha enriquecido con una gran variedad de excelentes frutas, desconocidas hasta entonces en el norte de la Alemania.

BREMONTIER.

Bremontier, célebre ingeniero francés, nos ofrece uno de los mas bellos ejemplos de lo que puede la perseverancia en el bien.

Entre Burdeos y Bayona, se estiende una costa baja y árida, á la

que sin interrupcion bate el mar irritado; las olas no cesan de llevar allí arena, que forma colinas mas ó menos elevadas, las cuales son desalojadas por otras y las nuevas arenas que traen las olas del inmenso oceáno, empujan delante de ellas los antiguos montones que invaden el suelo. De este modo la arena se adelantaba lenta y progresivamente á la conquista de este desgraciado país. Cada año se hacian notar los progresos de aquel azote, y ya los sábios calculaban con espanto, que antes de tres siglos la opulenta ciudad de Burdeos seria sumergida.

Bremontier, ingeniero de los puentes y calzadas de Burdeos, concibió el proyecto de contener el progresivo adelanto de la arena, y salvar aquellas desoladas regiones.

Cubrir las colinas movedizas de bosques, cuyas raíces, enterrándose profundamente en la arena, impedirian ser arrojadas de allí y cuyos macizos, estendiéndose como una densa cortina á lo largo del mar, detendrian la impetuosidad de los vientos y de las olas y se opondrian á la invasion de nuevas montañas de arena: tal fué el pensamiento de Bremontier. Pero ¿cómo realizarlo? ¿cómo conseguir una rica vegetacion sobre costas batidas eternamente por los vientos furiosos del oceáno, enemigos de toda vegetacion y en una arena improductiva, tan pura y tan menuda como la marmaja?

Lo que le hizo concebir alguna esperanza, sué que á algunos centimetros de profundidad en el suelo habia una capa de humedad permanente; pues bien, la humedad, como lo han reconocido los naturalistas, puede en ciertos casos ser suficiente para mantener la vejetacion. ¿Pero cómo fijar las arenas durante los primeros años necesarios para la formacion de los árboles; y qué árboles escoger?

Sin desatender ninguna de las otras ocupaciones que le incumbian como ingeniero en gese, Bremontier, no dejó de procurar la solucion de este doble problema. No se podria decir por cuantos ensayos y esperiencias este infatigable filántropo consiguió llegar á su objeto. Se rodeaba en su casa de campo, de una multitud de tiestos que conteniam tierra y arenas de todas clases: sembraba en ellas semillas de plantas herbáceas y leñosas: calculaba la duración de su germinación, estudiaba sus progresos relativos, pesaba las cantidades de agua con que las

regaba, y cuando habia obtenido algunos resultados probables, se apresuraba á ir á hacer ensayos en las dunas ó médanos; así se llamaban estas colinas movedizas.

Ningun estímulo recibió al principio de su empresa. Apénas pudo conseguir de la administracion para aquellos trabajos que habrian exigido grandes socorros, algunas cantidades insignificantes. Se miraba su esperanza como un sueño. Era aquello, decian, tiempo y dinero perdidos; era casi una locura. ¡Poner una barrera al inmenso oceáno! ¡impedir á la arena que se moviera por la influencia de los vientos; ¡Criar bosques en un lugar en que no podria brotar ni la mas menuda yerba! ¡Qué estravagancia! La crítica contra él se hacia universal; á las burlas conque habia sido acogido el principio de su obra, se mezclaban gritos de reprobacion.

Poca fuerza le hacia de esto á Bremontier: él prosiguió sus trabajos con un ardor infatigable. Se encontró el árbol que convenia plantar; era el pino marítimo: este pino atrae las arenas húmedas y resiste
á los vientos del oceáno; pero en sus primeros años es estremadamente
delicado: ¿cómo protejer los plantíos hasta que fueran bastante fuertes
para defenderse á sí mismos? Despues de muchas tentativas, Bremon
tier consiguió protejerlos suficientemente por medio de filas de empalizadas formadas con estacadas y tabiques. Este método era seguro, pero dispendioso: habia necesidad de levantar mas las barreras, segun
las arenas se iban amontonando en mas alto nivel, y siendo muy limitada su accion protectora, era necesario multiplicar las empalizadas
indefinidamente. Cada montecillo de arena estaba así cubierto de pequeñas hileras semicirculares, á manera de las escamas de un pescado.

Dió buen resultado este ensayo; muy pronto lo simplificó Bremontier, y la economía que consiguió le permitió ejecutar trabajos en una mayor escala. Hacia tender simplemente en el suelo las ramas de los árboles que se habian cortado en los vecinos bosques; se les sujetaba en un pequeño gancho de madera enterrado en la arena: la semilla de los pinos, sembrada debajo de esta cubierta, nacia perfectamente.

Una feliz casualidad vino á revelar al hábil ingeniero el medio final de perfeccionamiento. Entre las ramas recogidas en los bosques,

ENTREGA 18

habia algunas de esparto y de junco: las semillas de estas plantas que cain sobre el suelo, crecieron entre los pinos, los aventajaron rápidamente por su vigorosa vegetacion, siempre verde, y sin embargo de estar tan tupidos, en vez de ser perjudicial á los árboles que nacian, les proporcionaban un favorable abrigo. Debajo de las matas de esparto que el frio ó el viento han secado de un lado, el nuevo pino prospera y conserva la mas hermosa verdura.

Desde entonces Bremontier ha llegado al colmo de sus deseos; sus trabajos se han asegurado; la ejecucion de ellos se hace pronta y fácil.

Se mezcla con la semilla del pino una cierta cantidad de semilla de esparto y de junco. Estas semillas se esparcen en la movediza arena de la duna: se ponen encima ramas de árboles, zarzas y arbustos que dan firmeza al suelo. A los cuatro ó cinco años el esparto ha llegado á la altura de uno ó dos metros, sus macoyos mantienen la arena, las enramadas que formaban la cubierta se pudren y reducen á polvo; adquiere el pino ventaja, y creciendo mas que el esparto, eleva en el espacio su tallo vigoroso, mientras su raiz penetra hasta cinco ó seis metros en la arena.

Se crió un hermoso bosque; se consiguió darle firmeza al suelo. ¡Resultado admirable de la constancia y de la decision!

Pero un éxito tan favorable desmentia muy bruscamente á la malevolencia para dejar de exasperarla hasta el furor. Algunos enemigos
crueles y encarnizados, quisieron arrebatar á Bremontier el mérito de
su invencion y aun la direccion de los trabajos, y solicitaron con ardor
au destitucion. Llovian de todas partes las denuncias anónimas; se sublevaban contra él las poblaciones ignorantes de quienes iba á ser el
benefactor. Mientras fuê á Paris á llevar las primeras muestras de resina sacada de sus plantíos, y á instar, fundado en la evidencia de los
resultados, para que proporcionara auxilios el gobierno, los habitantes
mismos de las municipalidades que queria salvar de la ruina inminente,
amotinados por sus enemigos, destruian sus plantíos é incendiaban los
nacientes bosques. Es doloroso referir este hecho; por lo demas ya no
se resitió; reconoció la envidia su impotencia, respetó la obra y ya no

se atacó mas que al autor; pero sus vanas críticas fueron muy pronto ahogadas por un unánime concierto de reconocimiento y admiracion.

Una de las obras mas importantes de Bremontier, es la conservacion de Mimizan.

Era en otro tiempo Mimiran una ciudad bastante rica, con un puerto muy concurrido. Tanto la ciudad como el puerto, habian desaparecido bajo las arenas y no quedaba mas que la iglesia con un pequeño grupo de casas formando todavía un pueblo de importancia. Ya hacia algun tiempo que los habitantes vivian tranquilos, cuando una mañana vieron con espanto un movimiento que se había efectuado por la noche en las dunas de que la antigua ciudad estaba cubierta; se habian acercado á la iglesia y habian cubierto la portada. Poseidos de terror, abandonan sus domicilios y huyen á los bosques. Ocurre Bremontier, los reune, los anima y les inspira la confianza de que está animado él mismo, Secunda el cura sus esfuerzos. No abandonaré yo mi iglesia ni mi presbiterio, dice el generoso eclesiástico, cuya casa, por ser la mas próxima á la iglesia, era la mas amenazada. Toda la poblacion, reanimada, pone mano á la obra bajo la direccion de aquellos dos hombres benéficos: se reviste de empalizadas y de ramas empalmadas la duna amenazadora; plantíos de verdes árboles la cubren y le dan fijeza. A la vuelta de algunos años, Mimizan nada tenia que temer; mas tarde un bello bosque de frondosos árboles circundaba su iglesia, y hoy, sus laboriosos habitantes, levantan vastos edificios al pié de la duna que debia tragárselos y que los proteje. Gracias á este abrigo que detiene el furor de los vientos, cultivan los moradores de Mimizan risueños y productivos jardines, allí en donde en tiempos no muy distantes se estendia un triste desierto.

Hoy posee el Estado, sobre las dunas de la Gascuña, diez y ocho mil hectaras de hermosos bosques, plantados con arreglo al procedimiento del sábio ingeniero.

En medio de esos bosques y no lejos del oceáno, se levanta un monumento á la memoria de Bremontier. Aquel monumento, notable por su sencillez, es un cipo ó una media columna sin capitel; de mármol, adornado de una corona de encino y que tiene encima una inscripcion. El viagero, á quien el piadoso deseo de honrar la memoria de un hombre tan benéfico, conduce á este salitario lugar, se sienta al pié del monumento: el triste murmurio del viento que agita las espesas y aguzadas hojas de los pinos. y el rugido del tempestuoso mar, le sumergen en una profunda meditacion; piensa en los importantes servicios que ha prestado Bremontier; en los contratiempos, en los obstáculos, en las mortificaciones que le suscitó la envidia: se convence por fin de que la virtud, segura de llegar á un noble objeto, debe armarse contra todo aquello que contraría sus esfuerzos.

Y si él mismo, ocupado de alguna grande obra de pública utilidad, 6 de beneficencia, vé sus proyectos paralizados, desnaturalizadas sus intencioues y desconocido su carácter, se consuela diciendo: la obra de Bremontier subsiste, los pinos que plantó se entierran profundamente en el suelo, al paso que su cumbre se pierde en las nubes; y aquellas colinas de arena que avanzaban á la conquista del país, vedlas ahora inmóviles..... Mas los detractores del hombre de bien, aquellos que querian cansar su perseverancia, que echaban abajo sus empalizadas y que quemaban sus plantíos, ¿en dónde están?.....

LA AVALANCHE.

Un jóven, habitante del Valais, volvia de Sion en los primeros dias de Octubre. Habia caido la nieve con abundancia en las montañas, y tuvo mucha dificultad en volver á entrar á su chalet, (cabaña suiza) situada en el aislado rincon de un valle. Finalmente, despues de muchas fatigas, llega sobre una roca desde la cual se estiende la vista á lo lejos y desde donde podia descubrir su habitacion. ¡Pero qué espanto viene derrepente á apoderarse de él! no ve otra cosa sino un monton de nieve que se habia derrumbado y habia sepultado y destruido sin duda, bajo su enorme peso, su pobre cabaña. Sabido es que en ese país, montones de nieve se desprenden de la cumbre de las montañas, (llámanse avalanches ó lavanges,) ruedan, se precipitan, se aumentan en su curso, y

cayendo con estrépito, sepultan casas, campos, y algunas ocasiones aldeas enteras. ¡Qué desesperacion llenó el alma de aquel desgraciado!

Allí es en donde estaba su jóven esposa, allí estaba su hijo único. Se sienta sobre la roca batida por el viento, contempla aquel horroroso espectáculo, y ni aun siquiera tiene fuerza para llorar.

Pero derrepente, el pensamiento de que á suerza de constancia y de valor puede salvar á su muger y á su hijo, se presenta á su mente; este pensamiento lo reanima. Corre á ver á sus vecinos, los conjura para que le ayuden en la empresa que le inspira el cielo, y los conduce consigo al lugar de su desgracia. Se arman de azadones, palas y picas, y todos, con un entusiasmo infatigable, se apresuran á deshacer aquellas montañas de nieve. El los anima, y adelanta mas por sí solo en el trabajo, que los otros todos juntos.

En el entretanto viene la noche que interrumpe los trabajos y cada uno se vuelve á su chalet; pero él sigue trabajando toda la noche. Se vuelven á reunir por la mañana; el mismo ardor, la misma constancia: ¡ay! los progresos de la operacion son lentos y penosos. Llega la segunda noche, cada uno se retira de nuevo: triste, abatido, se queda aún él solo, con el corazon despedazado, pero entreviendo algunos rayos de esperanza. Aparece por fin la aurora del tercer dia, el cielo está muy limpio y parece que se disipan las nubes.

Derrepente, joh dicha! este hombre intrépido descubre el primero la chimenea de su cabaña; se lanza, y lleno de ardor y de ansiedad se iuclina encima del orificio de la chimenea; ve en el hogar, á la luz de una lámpara que está encendida, á su muger, á su hijo, y á una cabra que le daba su leche. ¿Quién podria espresar la alegría de aquellas valerosas gentes? Bajó el marido á su chalet, la muger, el niño, los animales, todos fueron sacados, todos se salvaron. Una roca que protegía la cabaña habia dividido la avalanche, y las nieves se habian amontonado al caer sin tocar directamente el techo. Felices al verse reunidos los dos esposos, dieron gracias á Dios, y la muger, llena de regocijo, estrecha sobre su corazon á su hijo, cuya conservacion debe al valor y perseverancia de su marido.